

EL CLUB DE LOS CORAZONES SOLITARIOS

Seudónimo: Nicholas Rassmuller

Lo reconozco, la curiosidad puede conmigo. Esta virtud o defecto me ha ayudado muchas veces en mi vida laboral, pero ha sido desastrosa en el terreno personal. La menor incitación a descubrir algo desconocido o a hacer indagaciones sobre cualquier tema me atrae y me atrapa sin que pueda hacer nada por remediarlo. Así, cuando recibí la misteriosa invitación no dudé un instante en aceptar su proposición:

El sargento Pimienta tiene el honor y el placer de invitar a

Linda Tanaka

a la cena de San Valentín del Club de los Corazones Solitarios,
que tendrá lugar el próximo 14 de febrero
en el restaurante Chez Renard, 126 W 57th Street a las 9:00 PM

*"Estoy seguro de que su espíritu explorador y aventurero
no la dejará rechazar esta invitación".*

De inmediato, mi instinto dedujo que la invitación la mandaba un hombre, el sargento Pimienta, que me conocía de algo tanto en lo personal (ya que mi corazón estaba solo en ese momento) como en lo profesional por lo del espíritu explorador y aventurero. A lo mejor, algún amigo quería darme una sorpresa en un día tan especial. Además, no tenía ningún plan para San Valentín y el restaurante era uno de los más prestigiosos de Nueva York. Si no aprovechaba esta ocasión para cenar en él, posiblemente no lo haría ninguna vez durante el resto de mi vida.

El taxi me dejó justo en la puerta del restaurante. Pese a ser una noche heladora, había mucho ambiente por las calles. No siempre coincide San Valentín en sábado, y todo tipo de parejas habían aprovechado para salir y demostrar al mundo cuánto se querían.

Un portero forrado de los pies a la cabeza por un grueso abrigo me abrió amablemente la puerta del taxi y me acompañó hasta la entrada del restaurante. Tras enseñarle la invitación, llamó a un camarero para que me condujera a la mesa reservada por nuestro anfitrión, despidiéndome con una amplia sonrisa. Seguí al camarero por un ancho pasillo forrado de moqueta roja hasta llegar a un reservado donde estaba preparada una mesa para cuatro comensales. Ya sentados, dos hombres charlaban animadamente. No los había visto en mi vida, así que mi suposición de que algún amigo anduviera detrás del asunto se derrumbó por sí sola. Al verme se levantaron con educación para saludarme. Rondaban los cuarenta y tantos años. Uno era alto y rubio, pero con aspecto envejecido, a pesar de tener cara de niño travieso.

–Me llamo Clive Westernman, encantado de conocerla señora... –dijo ofreciéndome la mano sonriente.

–Señorita. Linda Tanaka, encantada –estrechó mi mano sin dejar de mirarme a los ojos.

El otro hombre era de color, iba vestido impecablemente con un traje italiano y su sonrisa hubiera podido competir con la de un anuncio de dentífrico en la televisión.

–Tom Jackson, encantado señorita Tanaka.

–Entonces, ¿quién de los dos es el sargento Pimienta? –pregunté con ansiedad.

Ambos se miraron y se encogieron de hombros, comentando que ellos se estaban haciendo la misma pregunta. Habría que seguir esperando para despejar la incógnita.

El camarero recogió mi abrigo y retiró mi silla para que pudiera sentarme. Ocupé un lugar enfrente de Clive y Tom, preguntándome quién sería el invitado que faltaba a mi lado. No tuve que esperar demasiado para saciar mi curiosidad. A los pocos minutos entró de nuevo el camarero en compañía de otra mujer. No era muy alta, pero tenía cuerpo de deportista. Apostaría que provenía de alguna isla del Caribe, aunque no sé cuál en concreto. Un vestido rojo resaltaba su silueta, y un moño estiraba su peinado haciéndola parecer un poco más alta.

– ¡Oh, lo siento! Parece que les he hecho esperar. Me llamo Nancy Golding.

Uno a uno la saludamos y nos presentamos. A los pocos minutos la mesa estaba completa y lista para empezar a cenar.

Decidí romper el hielo haciendo alusión a la misteriosa invitación que había recibido. Tom fue el primero en contestar.

–No me había ocurrido nunca nada parecido. Y eso que me han pasado cosas curiosas en la vida.

–Hasta unos minutos antes de entrar en el restaurante, todavía pensaba que sería una estúpida broma y quedaría en ridículo –contestó Nancy, que había ocupado el lugar vacante enfrente de Tom.

La puerta del reservado se abrió bruscamente, interrumpiendo nuestra recién iniciada conversación, dejando pasar a un elegante oriental.

–En nombre del sargento Pimienta, les doy las buenas noches. Me llamo Elmer y seré su *maître* esta noche –su acento delataba su origen chino, aunque se notaba que llevaba ya muchos años viviendo en los Estados Unidos–. Nuestro anfitrión desea que pasen una agradable velada y todo sea de su agrado. Cualquier cosa que deseen, no duden en pedírmela. La cena comenzará en breves momentos.

Haciendo una sutil reverencia, se dio la vuelta y dando dos palmadas se retiró un paso hacia atrás. Al instante, dos camareros entraron en el reservado con sendas mesas de servicio. Una con las viandas y otra con las bebidas. Nos sirvieron con atención y esmero, siempre bajo la atenta y escrutadora mirada de Elmer, que desde un privilegiado rincón observaba cómo ocurrían los acontecimientos. Una vez estuvo servido el primer plato, todos se retiraron y cerraron la puerta para que nadie nos molestara. Mientras degustábamos lubina sobre lecho de sepia al champagne y naranja, surgió la conversación sobre la identidad de nuestro anfitrión.

–No tengo ni idea quién puede ser, pero para invitar a cuatro desconocidos en este restaurante, apuesto lo que queráis a que no le faltan los dólares –comentó Tom entre risas.

–Otra cosa que es cierta es que debe ser un fan de los Beatles, porque ha elegido un seudónimo y un nombre para nosotros basado en quizás su más famosa canción: *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band* (“La Banda del Club de los Corazones Solitarios del sargento Pimienta”) –respondí yo, encantada de que la conversación tratara sobre el tema que más me intrigaba de la noche.

–Y lo más importante, ¿por qué precisamente nos ha invitado a nosotros, que no nos conocíamos de nada ni tenemos nada en común? –matizó Clive.

De nuevo, las puertas del reservado se abrieron y entró la pareja de camareros, precedida del infalible Elmer. Retiraron nuestros platos, rellenaron nuestras copas de tinto de Burdeos Montaigne St. Emillion y nos sirvieron el segundo plato: Magret de pato con salsa de frambuesas.

–A mí, lo que realmente me ha hecho venir esta noche –continuó la conversación Nancy–, es averiguar cómo ha conseguido el sargento Pimienta la información acerca de mi vida privada y me la ha plantado en mi invitación. Dejando por un momento los cubiertos, sacó de su bolso su invitación, y leyó:

–El sargento Pimienta, bla, bla, bla..., y al final dice: “La misma vida que una vez no pudo crear, se la devolverá esta noche con creces”. Entonces nos contó su historia.

Nancy Golding había sido corredora profesional. Participó en los juegos olímpicos de Los Ángeles en 1984 representando a Jamaica, aunque no tuvo éxito por la superioridad de las atletas chinas. Allí conoció a quien sería su marido, un millonario estadounidense del que adquirió la nacionalidad al casarse con él. Establecieron su domicilio en Nueva York, donde él trabajaba, dejando ella el deporte profesional y dedicándose al entrenamiento personal en un lujoso gimnasio de la Gran Manzana. Llevaba una vida muy saludable, cuidando su alimentación, haciendo deporte a diario, sin vicios adquiridos.

Parecía la mujer más sana del mundo, pero algo fallaba. Tras varios años de relación, su deseo, y sobre todo el de su marido, era tener descendencia. Sin embargo, los hijos no llegaban y decidieron hacerse unas pruebas rutinarias. El resultado fue que ella era estéril. Quizá otra pareja hubiese decidido adoptar un niño, pero ellos no. Su marido era de ideas fijas, y su educación le impedía aceptar que un hijo que no era de su sangre heredara toda su fortuna. Se separaron unos meses después y desde entonces ella no había tenido ninguna otra relación sentimental.

El delicioso vino francés comenzaba a liberar el ambiente, y tras unos momentos de silencio mientras digeríamos la historia de Nancy, fue Clive quien se atrevió a contarnos su vida.

Clive Westernman había sido un joven decidido e impulsivo. El riesgo era lo que le llenaba y consumía su sobrante adrenalina. Practicaba todos los deportes en los que su vida estaba al límite y adoraba las situaciones vertiginosas: *puenting*, buceo a grandes profundidades, lanzamiento en paracaídas y, sobre todo, la velocidad le volvían loco. Su vida sentimental era un reflejo de la otra. Sus relaciones se sucedían una tras otra, eran cortas y salvajes, y su joven y fuerte corazón no sufría porque era insensible al dolor del amor roto. Sin embargo, un día todo cambió. Su joven hermano, compañero fiel en muchas de sus correrías, perdió la vida en accidente de automóvil. Clive cambió. Todo lo que le impulsaba en el pasado hacia adelante pasó a frenarlo, siendo incapaz de hacer nada por sí solo. Una fatídica inseguridad le invadió y lo incapacitó para llevar una vida normal. A duras penas consiguió un trabajo en una librería. Allí, entre estanterías y pilas de libros se sentía seguro al fin. Los libros le daban todo

lo que la vida le negaba. Podía leer cómo otros conseguían hazañas que él ya no podía ni soñar, y se sentía un poco mejor. Hasta que aquella invitación llegó a su correo. Decía: “Asista a la cena y posiblemente el freno que atenaza su vida quede liberado para siempre”. No pudo negarse.

La situación se estaba poniendo un poco melodramática. Se encontraba en ese punto de inflexión en el que podía seguir cualquiera de las dos direcciones: o remontar el vuelo o hundirse definitivamente en el precipicio. Me lancé a contar mi historia a ver si había suerte y tirábamos de la noche hacia arriba.

—Yo nací en Nueva York, aunque mi familia procede de Japón. Mis padres emigraron a finales de los años sesenta porque querían vivir con más libertad en el mundo occidental que en la clásica y cerrada cultura japonesa. Soy periodista, trabajo en el *New York Post* haciendo trabajos de investigación. Me da igual que sean sobre economía, vida social o política exterior. Cualquier cosa que haya que averiguar es para mí más que un trabajo una diversión. Eso ha sido lo que me ha traído hasta esta cena. En cambio, mi vida sentimental no ha sido tan fructífera. La misma curiosidad que me ayuda en el trabajo, es mi enemiga en el amor. He tenido multitud de pretendientes, muchos de ellos eran casi perfectos, pero me empeñaba en saber más de ellos y al final siempre encontraba una excusa por pequeña que fuera para descartarlos. Uno tras otro fueron pasando por mi vida hasta que llegó un momento en que dejaron de llamar a mi puerta. Y así sigo por el momento, enfrascada, cada vez más, en mi trabajo y con menos tiempo para pensar en mí.

Aunque no era un jardín de rosas, por lo menos mi historia no era tan triste como las de los otros invitados. Parecía que habíamos cogido altura y nunca mejor dicho porque era el turno de Tom.

Tom Jackson dejó el ejército, donde había aprendido a pilotar helicópteros, para dedicarse a la aviación civil. Después de trabajar por cuenta ajena en varias empresas, decidió montar la suya propia. Ahora se dedicaba a pasear a turistas adinerados sobre los rascacielos de Manhattan. El negocio le iba muy bien, aunque pasó una época difícil después del 11-S, cuando el pánico a nuevos atentados terroristas puso coto al espacio aéreo norteamericano. Poco a poco la cosa se fue tranquilizando y en la actualidad el negocio iba viento en popa. Como a los demás invitados, para formar parte de este peculiar club, le tenía que haber ido mal en el amor. Y así era. Tom tenía una novia de toda la vida. La conoció en el instituto y permanecieron juntos hasta que decidió dejar el ejército. Él quería casarse y formar una familia, pero su novia no lo tenía tan claro. Estaba muy unida a su familia y tenía muchas dudas sobre el mundo de la independencia matrimonial.

Las dudas también se adueñaron de Tom y comenzaron a socavar los cimientos de su amor. Comenzó a flirtear con la mejor amiga de ella y al final acabó rompiendo con su bien amada novia de siempre para salir con su amiga. Al principio todo fue bien, pero pronto los remordimientos invadieron la confusa cabeza de Tom. Ya no sabía qué hacer, estaba bien con su actual pareja, pero seguía amando a su antigua novia. Al final, medio enloquecido de amor, decidió romper su nuevo amor para volver con el antiguo, pero aquello fue el desastre y acabó solo y tan confundido que, a pesar de todos los años que habían pasado, todavía no sabía bien cuál habría sido la elección adecuada.

Oportuno como ninguno, Elmer y sus dos subalternos aparecieron de nuevo en el ruedo, esta vez para servir el postre: Corazón de vainilla con fresas silvestres, rega-

do con champagne Pommery Brut Royal. Cuando se disponían a abandonar el reservado, Tom se levantó de la mesa y exclamó:

– ¡Un momento, señor Elmer! Creo que se olvida usted de algo.

– ¿Perdón? –sorprendido, Elmer se dio la vuelta sin perder por un instante su expresión facial de seriedad.

–Creo que es el momento ideal para desvelarnos quién es nuestro anfitrión. Debemos darle las gracias por una cena tan exquisita.

–Me temo, señor, que no tengo nada que decirles. He seguido al pie de la letra las instrucciones entregadas por el sargento Pimienta. Pueden permanecer en la sala tanto tiempo como deseen y después abandonar el restaurante.

– ¡Pero no puede ser! –exclamé con indignación—. No puede usted dejarnos con la miel en los labios sin conocer a nuestro anfitrión.

–Discúlpenme, señores, pero debo retirarme, pues mi labor con ustedes ha terminado. Buenas noches. –Y diciendo esto salió del reservado dejándonos a todos con la boca abierta y cara de tontos.

Tom se rió, Clive empezó a comer el postre y Nancy y yo continuamos todavía un rato con la boca abierta sin saber qué decir.

Visto que no había nada más que averiguar aquella noche, permanecimos hablando distendidamente sobre nuestros trabajos un buen rato más y después abandonamos el local, no sin antes darnos nuestros números de móvil para estar en contacto y poder organizar una futura reunión, ya que habíamos pasado un rato muy agradable.

Quedaban unos cuantos minutos para que la medianoche diera por terminado aquel curioso y misterioso día de San Valentín, cuando cada corazón solitario tomó una ruta diferente en aquella fría noche del mes de febrero.

II

Nada más llegar a casa no pude resistir la tentación de escuchar la canción. La recordaba vagamente, aunque la había oído cientos de veces. Conecté con un reproductor virtual de Internet y presté atención a la letra con el fin de dar alguna luz al oscuro rostro del anfitrión. Contaba cómo hacía veinte años, el sargento Pimienta había enseñado a tocar a la Banda del Club de los Corazones Solitarios. Agradecía con insistencia la presencia de un público tan singular, y del placer que les provocaba tocar para ellos. También presentaba al cantante de la banda, un tal Billy Shears. Esto me descolocó porque no tenía ni idea de quién podía ser. Conocía los nombres de los cuatro Beatles: Lennon, McCartney, Harrison y Starr, al igual que las tres cuartas partes de la población del planeta, pero Billy Shears no me sonaba de nada. Lástima que el sueño llevara ya un rato intentando cerrar mis ojos, así que apagué el ordenador y me dormí sin apenas darme cuenta. Soñé con corazones partidos a la mitad, que, como pétalos de flores, volaban a merced del capricho del viento formando remolinos y espirales. De vez en cuando, y fruto del azar, dos mitades coincidían y se unían formando un corazón completo, que gracias a su nuevo peso podía escapar de la tiranía del viento.

III

Me levanté tarde al día siguiente. Hacía una mañana fría y despejada y aunque era un poco tarde no perdoné mi habitual salida a Central Park. Me gustaba correr un rato todos los domingos y sentir cómo mi cuerpo se iba calentando mientras notaba en el rostro el frescor de la mañana. La nieve se acumulaba en los rincones, donde nadie la había pisado aún o donde el sol, todavía débil, no tenía fuerza para derretirla. Me crucé con unos cuantos valientes que paseaban a sus perros o corrían como yo, saludándonos con nubes de vaho al pasar. Al cabo de una hora pensé que ya había hecho suficiente ejercicio, y aprovechando la cercanía de la calle 57 decidí pasarme por la puerta del restaurante Chez Renard. Quería hablar con Elmer. El maître era el único eslabón que podía llevarme a la misteriosa identidad del señor Pimienta. Sin embargo, al llegar me topé con un cartel de cerrado que me desanimó un poco, aunque no lo suficiente para hacerme abandonar. Ya volvería cuando tuviera un momento libre.

El lunes por la mañana volví al trabajo como la mayoría de los mortales. En la redacción me encargaron un trabajo que no ayudaba a mis planes de investigación paralelos, pues tuve que irme a Boston para seguirle la pista a un senador que parecía tener una doble o incluso quizá triple vida. Mis pesquisas me llevaron todo el día y tuve que dormir en un modesto hotel para seguir trabajando el martes por la mañana. Por fin, el martes por la tarde estaba de vuelta en Nueva York. El tren llegó a la Estación Central a las 5:30 PM, y aunque estaba bastante cansada, no fue suficiente para evitar que cogiera el metro y volviera al restaurante.

Cuando Elmer me recibió tras preguntar al portero por él, no puede decirse que se alegrara mucho de volver a verme. Si ya de por sí era un tipo serio, aquella tarde su rostro era aún más impenetrable que de costumbre.

—Perdone, señor Elmer, no quería molestarle —intenté ser amable para iniciar la conversación—, pero sigo intrigada por la identidad de nuestro anfitrión de la otra noche y usted es el único que me puede ayudar...

—No insista, señorita —me cortó en seco—, ya le dije que no podía decirle nada del señor Pimienta.

Aprovechando que nos encontrábamos solos, recurrí al viejo sistema que me había dado tan buenos frutos en otras ocasiones difíciles. Saqué con discreción un billete de 50 dólares y se lo acerqué a su mano. Su reacción fue exagerada, retirando la mano cual vampiro que acaba de ver una cruz o una ristra de ajos enfrente de su rostro.

— ¡Cómo se atreve, me deshonra usted con su insolencia! ¡Haga el favor de marcharse y no vuelva por aquí! —Y diciendo esto se dio media vuelta y desapareció en el interior del restaurante.

Avergonzada, me marché a casa. Estaba dolida por haber molestado a Elmer y porque se me cerraba la única puerta que conducía al señor Pimienta. Tras darme una ducha para relajarme y aclarar mis ideas, volví a escuchar la canción de los *Beatles*. Había olvidado completamente a Billy Shears, el personaje al que se referían en la letra y que no era miembro de los Beatles. “San Google” vino en mi ayuda, puesto que en un blog encontré todo lo que quería saber.

En resumen contaba lo que parecía más una leyenda urbana que otra cosa. Venía a decir que *Paul McCartney* había muerto en un accidente de circulación, pero la noticia había sido mantenida en secreto para no organizar el revuelo mediático que se esperaba. En lugar de esto, habían decidido buscar un sustituto, un doble que permitiera continuar la carrera de los Beatles sin sobresaltos. El elegido habría sido un canadiense que no sólo se parecía físicamente, sino que también cantaba como él.

Ése era Billy Shears. Había otra versión más fidedigna, que contaba que el tal Billy no era otro que Ringo Starr, que cantaría la siguiente canción del disco.

Mi mente calenturienta empezaba a hilvanar posibilidades y conjeturas. ¿Y si el señor Pimienta había sufrido una historia parecida a la que parecía sugerir la canción, un posible accidente o cambio de identidad hacía veinte años? ¿Y por qué los había invitado precisamente a ellos? Tenía que hablar con los otros comensales.

IV

El miércoles por la tarde, al acabar mis quehaceres en la redacción del periódico, telefoneé a Tom para contarle brevemente lo que había descubierto y concertar una cita para el jueves, si era posible. No puso ningún impedimento pero tampoco se mostró muy entusiasmado con el tema del señor Pimienta. Amablemente se ofreció para llamar a Nancy. A continuación llamé a Clive. Se mostró un poco nervioso al recibir mi llamada, y al contrario que Tom, sí que mostró interés por el asunto de la canción. Quedamos al día siguiente en una cervecería de Bleecker Street.

Volví a casa pensando que debía pedir perdón a Elmer. Quizá mi afán investigador me había llevado demasiado lejos. Para ser sincera, Elmer no tenía nada que ver con otras personas a las que, a causa de mi trabajo, había ofrecido una “propina” a cambio de algo de información. La melodía de mi móvil me sacó de estas divagaciones interiores. Era Clive.

–Hola, Linda, no quería molestarte –comenzó dubitativo–, pero quería preguntarte: ¿has oído entero el disco *Sargent Pepper’s*?

–Hola, Clive, pues la verdad es que sólo he oído la canción del Club de los Corazones Solitarios. ¿Por qué?

–Rebuscando en casa encontré el disco y pensé en oírlo para contrastar lo que me había contado –su voz ya sonaba más relajada–, y me he dado de cuenta que al acabar la canción no hay separación alguna con la siguiente, que es *With a little help from my friends* (“Con un poco de ayuda de mis amigos”). Van unidas y creo que es otra pista que nos ha dejado el sargento Pimienta.

–Cuenta, cuenta.

Había conseguido despertar de nuevo mi curiosidad.

–Si te fijas un poco en la letra de la segunda canción, viene a decir que con un poco de ayuda de los amigos se pueden superar una serie de dificultades que la vida te plantea: la soledad, el desamor... Creo que nuestro anfitrión nos reunió no por azar, sino por alguna razón que todavía no comprendo, pero que tiene mucho que ver con nosotros.

Me despedí de él dándole las gracias por tan valiosa información, deseando que el tiempo pasara con rapidez y nos reuniéramos al día siguiente.

V

Llegué con puntualidad a nuestra cita múltiple. No es una de mis virtudes, pero mi impaciencia por hablar con los otros comensales obligaba a ello. Me sorprendió gratamente observar que Clive había llegado primero, parecía que la historia le interesaba tanto como a mí.

Mientras tomábamos una cerveza, le comenté el asunto de Elmer y estuvo de acuerdo en que pedirle perdón relajaría mi conciencia. Charlábamos sobre el tema

cuando Clive enmudeció y clavó su mirada en la puerta del local. Yo casi me atraganto con el sorbo de cerveza que acababa de dar. Nancy y Tom acababan de llegar y venían cogidos de la mano.

– ¡Bueno, bueno! –exclamé mientras se acercaban a nuestra mesa–. Parece que nos hemos perdido algo.

Nos saludamos animadamente intentando disimular nuestra sorpresa. En cambio ellos no parecían darle importancia, como si su recién publicada relación fuera lo más normal del mundo. Entre risas, Tom nos contó que la otra noche después de la cena coincidieron en su ruta hacia casa y pensaron en tomar una copa. Una cosa llevó a la otra y habían empezado a salir.

Pasado el momento de breve tensión entramos en materia. Les expuse la situación con claridad, proponiendo que cada uno hiciera memoria en sus vidas sobre algún acontecimiento importante que les hubiera ocurrido en el año 1989, justo veinte años atrás, cuando al sargento Pimienta parecía haberle cambiado la vida. Para abrir boca, fui yo la primera en hablar, aunque la verdad no aporté demasiado. No conseguía recordar nada destacable en mi vida por aquella época. Debía de estar a punto de comenzar la universidad por entonces, pero nada de interés me venía a la cabeza.

Nancy fue la siguiente. Todavía se le notaba en su cara un cierto rubor tras el descubrimiento de su nueva relación. En 1989 ella se casó y dejó definitivamente el deporte profesional. Aquel dato tampoco aportaba mucha luz al asunto.

Tom llevaba un rato mirando el techo del bar con la mano sujetándose la barbilla, haciendo un esfuerzo importante por recordar. Nos contó que por entonces él ya había dejado el Ejército y trabajaba en el vecino Estado de Nueva Jersey, pilotando helicópteros del Gobierno en asuntos oficiales.

Clive parecía inquieto. Desde el momento que dejamos las alegres presentaciones y comenzamos a relatar nuestras vidas su rostro cambió, borrándose su anterior sonrisa y apareciendo una sombría desazón. No paraba de darle vueltas a un posavasos entre sus dedos, demostrando así su creciente nerviosismo. Al fin habló. Para él la cosa estaba muy clara, aquel año su hermano murió en accidente de coche y su vida cambió para siempre. Me sorprendía ver cómo, a pesar de los años, todavía mostraba dolor al contarlo, era muy duro para él y todavía no lo había superado por completo.

El silencio vino a acompañarnos a nuestra mesa. Nos mirábamos los unos a los otros sin saber muy bien qué decir. Yo intentaba buscar alguna relación entre nuestras historias, pero no la encontraba. El acontecimiento más importante había sido, sin duda, la muerte del hermano de Clive; los demás relatos no tenían mucho de interés. Entonces habló Tom, que de nuevo se sujetaba pensativo la barbilla.

–Clive, no quiero ahondar en tu herida, pero ¿recuerdas cuándo y dónde murió tu hermano?

–Tranquilo, Tom, no me molestas. Murió la noche del 12 de febrero en la autopista interestatal en algún lugar al sur de Nueva Jersey. Creo que fue a causa del hielo en la carretera. Iba muy deprisa y su coche patinó... –su voz se entrecortaba a causa de la emoción.

Tom empezó a golpear su labio con el dedo índice. Alguna conexión se había producido en su cerebro.

–Puede que sea una coincidencia, pero ahora que lo pienso, creo recordar que hice un servicio por aquellas fechas que tiene algo que ver. Hacía una noche malísima y yo estaba de guardia en la central de helicópteros. Recibimos una llamada urgente.

Estaban buscando un piloto con experiencia en vuelos nocturnos con malas condiciones climáticas y se acordaron de mí. Estuve destinado gran parte de mi servicio en el Ejército en una base de Alaska, así que estaba más que acostumbrado a volar con fuertes vientos e incluso me atrevía a volar a pesar de que estuviera nevando. Mi compañero de guardia dijo que estaba loco pero acepté el trabajo. Tenía que trasladar a un joven que había tenido un accidente al hospital Monte Sinaí de Nueva York y lo hice. Reconozco que me jugué el pellejo, pero algo en mi interior me movió a hacerlo, no sé explicarlo con palabras, pero sucedió.

Todos escuchábamos en silencio y con atención su historia. Parecía que al final había alguna relación entre nosotros. Tom dio un trago a su cerveza y continuó su narración.

—En un primer momento fue decepcionante, porque al poco tiempo de llegar al hospital me comunicaron que desgraciadamente el paciente había fallecido. Pensé que me la había jugado para nada, pero al cabo de un par de horas, cuando me estaba preparando para regresar a la base, una enfermera se acercó y trató de animarme diciéndome que el esfuerzo no había sido en vano, porque al menos habían aprovechado los órganos del paciente para hacer varios trasplantes.

— ¡Ya lo tengo! —gritó Nancy sobresaltándonos con su reacción—. Ya sé cuál es mi relación en esta historia. Desde que tenía dieciocho años soy donante de sangre. Me parece que es una de las maneras más solidarias de ayudar a los demás. Desde que volví de las olimpiadas y dejé de entrenar, participé en numerosas campañas y charlas de concienciación a favor de la donación de sangre y órganos. Creo que fue por entonces cuando la AOTA (Asociación Americana de Trasplantes de Órganos) me entregó una mención de honor por la labor divulgativa que estaba llevando a cabo. Si os digo la verdad, es el premio que más me ha reconfortado de todos los que he conseguido en mi carrera, ni medallas ni copas en el deporte fueron tan gratificantes como esta mención.

—Resumiendo —dije—, parece que hemos encontrado una conexión entre vosotros tres, pero hay una pieza que no encaja. Y esa pieza soy yo. No sé verdaderamente qué pinto en esta historia. Sólo he ido a Nueva Jersey de compras, nunca he donado sangre y los hospitales me dan pánico, y en 1989 ni siquiera estaba viviendo en Nueva York. Realmente me siento descolocada.

Mientras hablaba, Clive abrazaba emocionado a Tom, agradeciéndole el esfuerzo que había hecho por salvar a su hermano, incluso a costa de su propia vida. Se me hizo un nudo en la garganta. Nancy intentó consolarme, ya que me veía un poco fuera de lugar.

Acabamos nuestras bebidas visiblemente emocionados. Había nacido entre nosotros un vínculo afectivo que nos unía, aunque yo todavía no sabía qué papel jugaba. Acordé hacer unas cuantas llamadas al día siguiente para corroborar si los datos del accidente y del trasplante coincidían y qué tenían que ver con el sargento Pimiento. Tom y Nancy se marcharon juntos y Clive, que aún seguía muy conmovido, intentó decirme algo, pero al final no pudo y se marchó desapareciendo por una boca de metro.

Ya era jueves. Desde el sábado el tiempo había volado para mí. Entre el viaje a Boston y las averiguaciones sobre el sargento Pimienta la semana había pasado a la velocidad del rayo ante mí. Desde mi oficina llamé al Monte Sinaí, y tras unas cuantas desviaciones de línea internas, conseguí contrastar los datos. Efectivamente, Marcus Westernman, el hermano de Clive, había fallecido la noche del 12 de febrero de 1989 a causa de una lesión cerebral irreversible. En un principio se iban a donar el corazón y los riñones, pero estos tuvieron que ser descartados en última instancia por haber quedado dañados por el golpe producido en el accidente. El trasplante de corazón se llevó a cabo en las horas siguientes al fallecimiento de Marcus. El resto de información era confidencial y no podía ser desvelada.

Estaba claro que la historia se unía a través de la donación de órganos: Clive era el hermano de un donante, Tom había intervenido decisivamente en su transporte y Nancy había hecho campaña a favor de la donación. Y aquí seguía yo sin saber dónde ubicarme y aún menos al sargento Pimienta y a su afán por ponernos en contacto. Lo que sí tenía claro es que éramos la Banda del Club de los Corazones Solitarios porque a los cuatro nos había ido mal en nuestra vida sentimental. Bueno, Nancy y Tom parecían estar a punto de abandonar la banda con su naciente relación. Pero quedábamos Clive y yo. Mi móvil sonó en ese preciso instante. Era él.

—Hola, Linda. Quería pedirte disculpas por mi comportamiento anoche. —Su voz no era tan inestable como otras veces, sonaba fuerte y segura—. Recordar la muerte de mi hermano despertó en mí malos momentos del pasado, pero fue muy emotivo conocer la historia de Tom y Nancy. Me ha ayudado mucho conocerlos y he pensado mucho sobre el tema. Creo que al fin sé de qué va toda esta historia. ¿Qué te parece si quedamos y vamos a disculparnos con Elmer y te cuento lo que se me ha ocurrido?

Acepté encantada. Me alegraba escuchar a Clive tan optimista por primera vez, y si además tenía algo que contarme ya no había tiempo que perder. Quedamos por la tarde en la puerta de Chez Renard.

Llegué a las seis en punto como habíamos acordado, pero Clive ya estaba allí esperando. Su rostro irradiaba felicidad. Parecía haber rejuvenecido diez años y su sonrisa al verme me llenó de una sensación que hacía muchos años que no sentía. Después de saludarnos, entramos en el restaurante en busca de Elmer.

Tras un primer momento de tensión cuando Elmer me vio, Clive comenzó a hablar con él y en pocos segundos su expresión cambió. Las palabras amables y medidas de Clive hicieron su efecto y pronto Elmer aceptó mis disculpas, incluso creí ver en su rostro el indicio de una sonrisa. Nos despedimos de él y me quedé muy tranquila, me había quitado un gran peso de mi conciencia. Todavía seguía impresionada por la seguridad y buenas vibraciones que desprendía Clive; parecía haber resuelto su problema de inseguridad personal. Sin poder negarme, acepté su invitación para cenar en un Deli cercano que había en la Séptima Avenida.

VII

—Linda, creo que he descubierto la trama de esta historia —afirmó Clive.

—Dispara de una vez o no podré dar ni un bocado más a este *pastrami* tan delicioso —solté con impaciencia.

Entonces Clive empezó a relatar sus conclusiones.

–El sargento Pimienta nos reunió porque en nuestras vidas el amor había fallado. Éramos por lo tanto unos corazones solitarios que reunía veinte años después, como decía la canción. Veinte años después de que un accidente se llevara a mi hermano y que los esfuerzos de Tom y Nancy hicieran posible que se donara un corazón. Un corazón que salvó la vida de una persona enferma que lo necesitaba.

Hizo una larga pausa mirándome y sin parar de sonreír.

– ¿Y? –pregunté.

– ¿No lo ves todavía? El sargento Pimienta nos reunió para darnos las gracias por lo que hicimos. Apuesto lo que quieras a que él es el receptor del corazón.

Me quedé de piedra al oírlo. Cómo no me había dado cuenta. Estaba clarísimo. Era perfectamente posible que el argumento de Clive fuera real. Pero seguía obcecada en saber qué papel jugaba yo en todo esto.

–Vosotros tres sí entráis en el juego, pero yo no. Aún no sé qué pinto en esta historia. No tengo nada que ver con donantes de órganos ni nada por el estilo, sólo soy una periodista curiosa y entrometida que siempre intenta descubrir más y más, aun a costa de fastidiar mi propia vida.

Clive me desconcertó todavía más, porque, aunque me veía apesadumbrada, continuaba sonriendo como si tal cosa.

–Ahí está el secreto –respondió–, el sargento Pimienta lo hizo perfecto. ¿Recuerdas la continuación de la canción? Decía que con una pequeña ayuda de los amigos se podían resolver muchos problemas. Tu curiosidad y afán descubridor nos ha llevado hasta aquí. Si tú no hubieras escuchado la canción y nos hubieras vuelto a llamar con tus deducciones, no habríamos descubierto nada de esta historia. Tú fuiste la catalizadora del grupo, nos moviste y hasta aquí hemos llegado.

Era cierto. Sin mí ninguno se habría vuelto a preguntar quién era el sargento Pimienta. Quizá dentro de unos años alguno de nosotros hubiera recordado aquel momento al encontrar la invitación en el fondo de un cajón o ni siquiera eso.

–Además, debemos agradecer al sargento Pimienta otra cosa –dijo Clive cogiéndome la mano–: Tom y Nancy ya han abandonado la Banda de los Corazones Solitarios y a mí me gustaría que tú y yo empezáramos a conocernos un poco mejor.

VIII

El domingo siguiente, coincidiendo con el día de mayor tirada del *New York Post*, apareció en primera página un pequeño anuncio que decía lo siguiente:

*El Club de los Corazones Solitarios
tiene el placer de anunciar al sargento Pimienta,
la próxima disolución de dicho club,
dándole las gracias por su ayuda
y deseándole lo mejor para los próximos veinte años.*